

REAGAN PIERDE UNA BATALLA IMPORTANTE SOBRE NICARAGUA

Hasta ahora la retórica nunca había sido tan intensa ni nunca Reagan había sufrido una derrota tan grande en sus dos periodos presidenciales, quitándole tal vez para siempre su aura de invencibilidad y de 'gran comunicador.' Nunca Estados Unidos había aparecido tan abiertamente comprometido con el internacionalmente desprestigiado proyecto de contrarrevolucionarios somocistas armados. La retórica, en la cual han tomado parte todos los altos funcionarios del gobierno de Estados Unidos (Reagan, Bush, Schultz, Weinberger, Walters, Schlaudeman) ha consistido en un diluvio de insultos contra el gobierno sandinista de Managua y de elogios para los contrarrevolucionarios. Por eso la derrota es importante. La presión ejercida sobre los legisladores y la opinión pública, a quienes el gobierno de Reagan trató de convencer de que en la aprobación o rechazo de la ayuda económica a los contrarrevolucionarios se libraba una batalla fundamental para Estados Unidos y Centroamérica, fue enorme e igualmente ineficaz.

El 16 de febrero, Reagan, en su alocución semanal de radio, dijo que los contrarrevolucionarios eran "hermanos de los demócratas norteamericanos." Comparó sus actividades con las de Bolívar y la ayuda encubierta dada por su gobierno con la que Lafayette dio a los patriotas norteamericanos en el siglo XVIII. Tres días más tarde, George Schultz ante el Comité de Asuntos

Exteriores de la Cámara habló de Nicaragua como de un país sometido al aislamiento de la "cortina de hierro" si no se continuaba ayudando a la contrarrevolución.

El 21 de febrero, Reagan, en conferencia de prensa, declaró que es "una obligación moral y legal" ayudar a los contrarrevolucionarios y que su intención al hacerlo era "sustituir la estructura actual del gobierno sandinista, que es la de un Estado comunista y totalitario que no ha sido elegido por el pueblo." Tal sustitución no sería necesaria, aclaró, "si el actual gobierno se rinde y permite volver al gobierno revolucionario" a quienes hoy lo combaten con las armas.

Al día siguiente, Schultz en California, aclaró que a ellos les era indiferente el medio usado para cambiar al gobierno sandinista. Si no ocurrían cambios ni se ayudaba a los contrarrevolucionarios amenazó con la intervención directa de las tropas norteamericanas, pues "no podían dejar de actuar," entonces los riesgos y los costos serían mucho mayores. La amenaza estaba dirigida en primer lugar al Congreso y también a la opinión pública de Estados Unidos.

El 1 de marzo, durante una conferencia a una organización derechista, Reagan declaró que los contrarrevolucionarios eran "el equivalente a nuestros padres fundadores y de los hombres y mujeres valientes de la resistencia francesa" y

que "la lucha en este caso no es de la izquierda contra la derecha, sino del bien contra el mal."

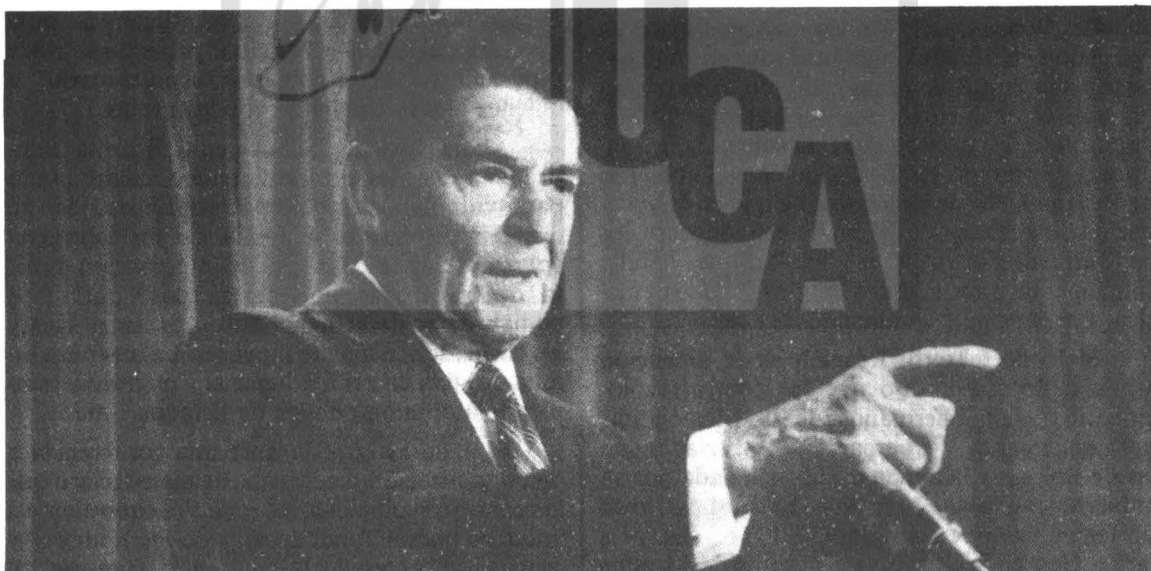
Reagan ha puesto en juego todo su poder de convencimiento, todo su prestigio presidencial y lo mejor de sus dotes de "comunicador," tal como gustan llamarlo; así como también ha puesto el de sus principales colaboradores. Aparentemente se trataba de conseguir del Congreso 14 millones de dólares para financiar las actividades de la contrarrevolución. Sin embargo, aquí está en juego algo más que esa "módica" suma de dinero. Módica si se compara con los cientos de miles que está invirtiendo en El Salvador. Actualmente la guerra en El Salvador está costando un millón de dólares diarios al gobierno del presidente Duarte y sobre todo a Estados Unidos. En la lucha contra el Congreso por los 14 millones de dólares ha quedado clara la voluntad del gobierno de Reagan de derrocar al gobierno sandinista de Managua sin respetar ni los medios ni los límites establecidos por el derecho internacional, del cual se ha exceptuado unilateralmente. El gobierno de Reagan no descansará hasta conseguir su objetivo, si es que le dan tiempo en este segundo período presidencial. Esta voluntad política es importante porque ayuda a comprender dónde se encuentra Estados Unidos en este momento respecto a Centroamérica y su crisis.

No queda duda alguna de que su objetivo es derrocar al gobierno sandinista y colocar en su lugar a los contrarrevolucionarios, una rara amalgama de ex-guardias somocistas y dirigentes

políticos conservadores derechistas de todo tipo con ambiciones políticas frustradas. Todos los demás argumentos utilizados hasta ahora en diferentes ocasiones como que el gobierno de Managua interviene en el conflicto salvadoreño exportando armas y municiones, que es una amenaza militar para los países vecinos, que construye una pista para aviones soviéticos, que es una base potencial para los soviéticos, etc., son argumentos manoseados por los funcionarios norteamericanos para ocultar su verdadero objetivo, sobre el cual ya no queda duda posible.

Ante una posición tan intransigente no existe ninguna posibilidad de diálogo entre Managua y Washington. El gobierno de Reagan ya ha pronunciado su veredicto condenatorio; le es intolerable convivir con un gobierno como el sandinista. Esta postura confirma también la negativa de Managua de dialogar con sus vecinos centroamericanos para resolver el problema de la contrarrevolución. Los gobiernos vecinos de Nicaragua se han sometido a la voluntad política y militar de Washington. En parte porque no tienen otra alternativa que entregar la soberanía nacional a cambio de los dólares necesarios para sobrevivir a la actual crisis económica. Managua quiere dialogar con quien tiene el poder real, es decir, con Washington. Esta postura repetida varias veces por los dirigentes sandinistas ha herido la susceptibilidad del presidente Duarte, quien ha declarado que él es dueño de su propio circo.

Contadora tampoco puede prosperar como



solución regional pacífica y política latinoamericana. Y en esto tienen gran complicidad los gobiernos actuales de El Salvador, Honduras y Costa Rica, los cuales le han estado haciendo el juego a la administración Reagan. En lugar de velar por los intereses de sus propios pueblos, estos gobiernos se han sometido a los intereses norteamericanos, llegando Costa Rica al extremo de aceptar su militarización.

Reagan y sus asesores han demostrado su voluntad política de imponer la hegemonía norteamericana en el área pese a quien le pese y cueste lo que cueste. Están convencidos de que pueden y deben hacerlo así porque consideran suya a Nicaragua y a toda el área centroamericana. Los legisladores norteamericanos participan de este imperialismo descarnado y de este feroz anti-comunismo, sus diferencias con los asesores de Reagan son únicamente de método.

El plan de "paz" propuesto por Reagan, una tregua en la guerra nicaragüense y 14 millones para los contrarrevolucionarios, quienes durante 2 meses no utilizarían ese dinero en armamento, mientras avanzaban las negociaciones con el sandinismo, no fue más que un intento desesperado y frenético para negociar con un Congreso que se disponía a derrocarlo. Las concesiones llegaron demasiado tarde. Lo que Reagan quería era el dinero, después podría liberarlo y utilizarlo en armamento alegando que los sandinistas no estaban negociando seriamente. También propuso un diálogo entre el gobierno de Managua y los contrarrevolucionarios en el cual la parcializada jerarquía nicaragüense sería mediadora.

Nicaragua no podía aceptar una maniobra tan descarada; el Congreso norteamericano tampoco lo aceptó. El gobierno de Managua ha sido firme en su rechazo a dialogar con la contrarrevolución. Tampoco puede tomar en serio un diálogo patrocinado por una jerarquía que, en el mejor de los casos, no es contrarrevolucionaria, pero que se ha negado sistemáticamente a condenar sus crímenes y la intervención encubierta de Estados Unidos. Para más los dirigentes de las diez iglesias protestantes más importantes de Estados Unidos, pidieron al Congreso oponerse a la petición del presidente de nueva ayuda militar. Los jerarcas protestantes criticaron duramente la política de su gobierno y afirmaron que la vida en Nicaragua no es como "la pintan" las autoridades norteamericanas. Consideraron "moralmente ultrajante" que Estados Unidos

entregue más armas para que algunos nicaragüenses maten a otros nicaragüenses. Calificaron, además, de atrocidades las acciones contrarrevolucionarias que según Reagan y sus asesores son "luchadores de la libertad." El arzobispo católico de Washington, declaró en nombre de la conferencia episcopal católica ante una subcomisión de la cámara de representantes que "la ayuda militar directa a fuerzas que quieren derrocar a un gobierno con el cual no estamos en guerra y con el cual mantenemos relaciones diplomáticas es ilegal y, en nuestra opinión, inmoral y no puede contar con nuestra aprobación."

Mientras tanto la jerarquía católica nicaragüense sólo rompe su silencio para criticar y atacar al gobierno sandinista, colocándose, de hecho, al lado del gobierno de Reagan. Hasta ahora no ha dicho ninguna palabra relevante sobre los planes de Reagan. El Papa sólo ha hablado en términos generales sobre la paz en Centroamérica y ha sorprendido a propios y extraños elevando a cardenal al arzobispo de Managua. Objetivamente el nombramiento refuerza la posición y la imagen del arzobispo frente al gobierno y, en este sentido, supone un apoyo directo a los planes norteamericanos. ¿Pretende el Papa reproducir el esquema polaco de una jerarquía fuertemente unida frente a un gobierno comunista y ateo?

El presidente Daniel Ortega también propuso su plan de paz. Ofreció declarar una tregua inmediata, restaurar los derechos civiles y levantar la censura de la prensa si Estados Unidos reanudaba las interrumpidas conversaciones bilaterales de Manzanillo y suspendía la ayuda económica y militar a la contrarrevolución. La Casa Blanca respondió con una nueva andanada de insultos. Nicaragua, en cambio, unilateralmente cumplió su promesa de regresar a Cuba a 100 asesores. Esto también ha resultado inaceptable para la Casa Blanca, la cual alega que la cifra es insignificante. En realidad, nada, excepto la caída del régimen de Managua, puede satisfacer a Reagan y sus asesores. Sin embargo, como una concesión de última hora Reagan se mostró dispuesto a reanudar las conversaciones con Managua si el Congreso le daba la ayuda pedida para los contrarrevolucionarios.

Reagan y sus asesores y sus colaboradores lucharon hasta el final por los 14 millones. Aparte de sus demagógicas y constantes intervenciones públicas, el presidente de Estados Unidos

se dio el lujo de aparecer en público flanqueado por contrarrevolucionarios. Asimismo utilizó un batallón de cabilderos de todo tipo en Washington. Los mismos dirigentes contrarrevolucionarios trabajaron directamente a la prensa norteamericana. Los contrarrevolucionarios buscaron apoyo frenéticamente en todas partes y donde más lo hallaron fue en los círculos más conservadores de Estados Unidos.

Pese a toda esta campaña publicitaria los altos funcionarios de Reagan han reconocido que los contrarrevolucionarios no tienen posibilidades de triunfar, es decir, de derrocar al gobierno sandinista de Managua. El ex-comandante de las fuerzas norteamericanas en Centroamérica, el general Paul Gorman, declaró ante el senado que a pesar de la ayuda norteamericana a los contrarrevolucionarios, no cree que un derrocamiento sea factible en el futuro próximo. Pero Reagan y sus asesores consideran a los contrarrevolucionarios como sus instrumentos más eficaces contra los sandinistas. En un documento secreto que circuló en el Congreso el gobierno de Reagan reconoce que ésa es una opción eventual, es decir, estarían dispuestos a adoptar otra si fracasa. El secretario de Estado Schultz ha dicho lo mismo o tal como lo formuló el presidente de la cámara de representantes, "el presidente no estará contento hasta no ver ahí (en Nicaragua) a las tropas norteamericanas."

Primero Reagan tuvo que retroceder ante el senado haciendo concesiones de última hora para salvar su honor presidencial porque su propuesta estaba derrotada de antemano. La ayuda no sería para fines militares, sino humanitarios y no sería administrada por la desprestigiada y subvertora CIA, sino por AID. Los fondos no serían utilizados militarmente hasta el 30 de septiembre, si es que el régimen sandinista negociaba con la contrarrevolución. Entonces fue cuando también aceptó reanudar el diálogo suspendido unilateralmente con el gobierno de Managua. Con estas promesas logró convencer a suficientes senadores como para que le aprobaran su plan por 53 votos a favor contra 46.

En la cámara de representantes la propuesta no pasó ni siquiera en su forma más moderada, con lo cual se vino al suelo toda la farsa propagandística de quien se consideraba imbatible comunicador de sus ideas. En la cámara de representantes la propuesta de Reagan fue rechazada por 248 votos contra 180 a favor. La votación tuvo lugar al día siguiente de la del senado

para no dar tiempo al presidente ni a sus cabilderos a trabajar para conseguir votos para su causa. El compromiso de última hora que la Casa Blanca quiso buscar fracasó por completo y el Congreso derrotó al presidente Reagan de una manera total, nunca jamás vista hasta ahora.

La cámara de representantes hizo una serie de votaciones. En la primera votación aprobó 219 a 206 una resolución alternativa por la cual se destinaban los 14 millones a ayudar a refugiados nicaragüenses fuera de Nicaragua (10 millones) y para ayudar a financiar las actividades del grupo de Contadora (4 millones). Posteriormente la cámara debatió sobre el proyecto de conceder 14 millones en ayuda humanitaria a los contrarrevolucionarios, propuesta ya aprobada por el senado el día anterior. La resolución fue rechazada 215 a 213 votos. Pero luego, en una maniobra que dejó pasmados a los republicanos y que enfureció a Reagan, los demócratas votaron en contra de su propia propuesta, anulándola. Con lo cual también quedó anulada la resolución del senado y Reagan deberá comenzar de nuevo sus gestiones.

Expresando su profundo disgusto, Reagan amenazó con volver una y obra vez al Congreso para solicitar la ayuda para quienes luchan por "la libertad y la democracia." Probablemente la próxima batalla la inicie a principios de octubre, en torno al presupuesto de 1986, en el cual ha pedido 28 millones para la contrarrevolución.

La ira del presidente y de sus asesores se dejó sentir contra Managua inmediatamente. Utilizando sus poderes presidenciales, aunque sin explicar claramente por qué Nicaragua constituye una amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional y a la política exterior de Estados Unidos, cosa que debe hacer constitucionalmente, Reagan ha decretado un embargo comercial contra Nicaragua y pretende poner fin a un tratado de amistad con Managua firmado hace 27 años. Al imponer estas represalias comerciales a Nicaragua Reagan se ha quedado solo, si exceptuamos las tímidas y sumisas declaraciones de apoyo del presidente Duarte y del desprestigiado Suazo Córdoba. Ninguno de los siete grandes apoyó el embargo comercial en Bonn. Ni siquiera su gran aliada, Margaret Thatcher, lo apoyó. La unidad latinoamericana junto a Managua ha sido notable. Los aliados europeos están en contra del bloqueo porque, según ellos, tal medida llevará a Managua más cerca de la Unión Soviética, Cuba y Europa oriental. Por su parte, el presidente Or-



tega de inmediato inició una larga gira con este propósito por toda Europa.

El objetivo de Reagan y sus asesores no parece ser tanto Managua como el Congreso. Ha sido una medida para tratar de recuperar el terreno perdido en su política hacia Centroamérica. El hecho de que las sanciones económicas no causen mayor impacto en Nicaragua hace esas medidas más atractivas para el gobierno de Reagan. Si los sandinistas continúan desafiando a Washington con su nacionalismo e independencia, la Casa Blanca tiene una excusa para pedir al Congreso medidas cada vez más duras y eventualmente conseguirá la ayuda militar para la contrarrevolución.

El Congreso y en concreto los demócratas no lo han entendido, no han aprendido nada de la experiencia de Cuba. Hipócritamente preocupados y algunos hasta enfurecidos por la gira del presidente Ortega a Europa oriental están dando pasos acelerados para revisar su decisión anterior. En el fondo, les molesta profundamente que una pequeña república se proclama y ejerza su independencia y soberanía. No han hecho nada para evitar el bloqueo ni hicieron nada para neutralizar la inusual carta de su secretario de Estado al presidente del BID pidiendo que se rechazara un préstamo solicitado por Nicaragua. Para ellos estos métodos son los adecuados para some-

ter a la rebelde Managua, es decir, el gobierno de Nicaragua o se somete a Washington o corre el riesgo de morir estrangulado por el hambre. La gira del presidente Ortega es parte de una gran ofensiva diplomática contra Washington. Una ofensiva que se está haciendo oír en los foros internacionales, en el tribunal internacional de La Haya y en el consejo de seguridad de las Naciones Unidas, donde Estados Unidos se ha quedado solo frente a Nicaragua y los demás estados. Triste papel para un supuesto bastión de la democracia y la libertad.

Aunque el presidente de la cámara de representantes haya calificado a los contrarrevolucionarios de carniceros y descuartizadores, en lo fundamental parece estar de acuerdo, como lo están la mayor parte de sus colegas, en que Nicaragua debe ser sometida. Su desacuerdo con Reagan y sus asesores ha sido sobre el método. Las sanciones económicas les parecen más "apropiadas." No es de extrañar, pues, que acaben dando gusto a Reagan y a sus asesores y les autoricen la ayuda económica solicitada.

A Nicaragua el embargo comercial le costará 58 millones de dólares. Pero la Unión Soviética, Cuba, Libia y Bulgaria ya han ofrecido una ayuda de unos 108 millones de dólares. La OPEP concedió a Nicaragua un préstamo de 10 millones de dólares. El embargo no impactará a Nica-

ragua porque sus exportaciones a Estados Unidos (banano, camarones, carne y café) han descendido de 214 millones de dólares en 1980 a 58 millones el año pasado; mientras tanto, las exportaciones al bloque soviético, Europa occidental y países del medio oriente han aumentado simultáneamente. Nicaragua ha diversificado exitosamente sus exportaciones y su dependencia comercial. Lo que sí debilitará Reagan con el embargo es la empresa privada nicaragüense, la cual ya tiene bastantes problemas con el nuevo modelo de economía mixta y con su administración sandinista. Esto a pesar de que Reagan dice tener mucha consideración por la empresa privada.

La medida ha sido torpe y precipitada. Algo similar ha sucedido con otros embargos comerciales, como el embargo de granos impuesto a la Unión Soviética hace unos años. Si el embargo comercial fracasa, los funcionarios del gobierno de Reagan ya tienen una lista de medidas adicionales contra Managua, congelamiento de los fondos nicaragüenses en Estados Unidos, declarar a Managua insolvente en el pago de su deuda, restringir los viajes de los norteamericanos a Nicaragua y el gasto de dólares norteamericanos en Nicaragua. Después vendría el rompimiento de relaciones diplomáticas y restricciones comerciales más severas de parte de las compañías subsidiarias de Estados Unidos. Esto aparte de la ayuda militar a los contrarrevolucionarios y del eventual reconocimiento de un gobierno en el exilio.

Con todo, la derrota es importante porque ha demostrado que Reagan puede ser vencido aún en puntos que considera fundamentales para su gobierno. También es una derrota importante porque demuestra que el pueblo norteamericano no apoya la política militarista de Reagan y sus asesores para Centroamérica. La actual política norteamericana para Centroamérica tiene el apoyo de los sectores más extremistas y derechistas, pero ha sido rechazada por la mayor parte del pueblo norteamericano consciente de lo que está haciendo su gobierno. Este no acaba de aceptar la mentira repetida continuamente por Reagan y sus colaboradores de que en Nicaragua y en El Salvador se juega la seguridad de Estados Unidos.

En vez de reflexionar sobre lo equivocado e injusto de su propuesta de ayuda a los contrarrevolucionarios, Reagan y sus asesores han dado pasos para seguir adelante de forma cada vez más torpe y violenta. El embargo comercial im-

puesto unilateralmente demuestra que se han equivocado una vez más. Se han quedado solos por falta de horizonte político y por encontrarse en el lugar equivocado de la historia. La inoportuna y mal planeada visita de Reagan al cementerio alemán de Bitburg es otro inusitado ejemplo de la ignorancia histórica, de la ineptitud y de su mala política internacional.

Al gobierno de Reagan le tiene sin cuidado el dolor de los pueblos, a pesar de su hueca retórica humanitaria. Hace falta tener valor para ir a decir a los alemanes que nunca más se repetirán los horrores del nazismo, cuando él mismo está financiando una banda de contrarrevolucionarios desalmados. Los hechos en Centroamérica muestran la falsedad de sus palabras. Lo que la Unión Soviética está haciendo en Afganistán lo está haciendo Estados Unidos en Centroamérica. Mientras haya gobernantes como Hitler y Reagan seguirá habiendo holocaustos en el mundo porque la justicia y la democracia les trae sin cuidado. Para justificar el embargo comercial no ha alegado la falta de democracia en Nicaragua, un asunto interno en el cual no tiene derecho a intervenir, sino que ahora ha vuelto a la vieja idea de que dicho país exporta el terrorismo y la subversión. ¿Qué exporta Reagan cuando arma a los contrarrevolucionarios quienes han aparecido en la prensa norteamericana como asesinos inmisericordes? ¿Qué hace para que disminuya el totalitarismo de Pinochet o la sanguinaria represión de Sudáfrica? Si fuera coherente en sus planteamientos, en ambos casos debería apoyar a "los luchadores de la libertad."

Para reforzar sus afirmaciones en favor de la contrarrevolución nicaragüense, Reagan se ha aventurado a hacer teología también. Reagan es un teólogo importante, aunque malo y nefasto. Hace algún tiempo declaró públicamente que era mejor que un niño muriera de hambre que se viera privado de la fe. Ha fundamentado su política armamentista en un texto de San Lucas sobre el reino de Dios, añadiendo sin parpadear que Estados Unidos es el pueblo bendecido y elegido por Dios por su riqueza y su abundancia. Reagan sabe lo que hace y sabe que para vender su política nada mejor que bautizarla y poner a Dios de su parte.

Antes de la campaña a favor de la contrarrevolución nicaragüense siempre ha buscado aparecer al lado de Juan Pablo II. Su esposa fue recibida en audiencia privada por el Papa durante la reciente gira presidencial por Europa occidental.

A mediados de abril Reagan le envió una carta personal con una delegación de senadores republicanos. El 16 y 17 de abril afirmó agresivamente que Juan Pablo II apoyaba su política en Centroamérica, insistiendo en que apoyaba "todas las actividades" norteamericanas para incluir evidentemente la ayuda a los contrarrevolucionarios. El Vaticano reaccionó de inmediato diciendo que el Papa tenía conocimiento de todo, pero que no había mencionado ni a Nicaragua ni a Centroamérica en sus intervenciones públicas, sólo se había limitado a pedir que continuaran los esfuerzos por la paz. Algo parecido hizo Reagan con los gobiernos del grupo de Contadora, los cuales reaccionaron desmintiendo al presidente de Estados Unidos, pues algunos de ellos sólo habían dicho que veían bien un cese del fuego y nada más.

Así actúa el presidente Reagan y así actúan sus asesores, distorsionan y engañan si es necesario y todo lo que sea necesario para imponer su voluntad política. Aparentemente su mesianismo político, como dirigente del mundo libre y democrático, occidental y cristiano, lo eximen de someterse a la verdad y de justificar cualquier acción y argumentación en favor de su política. Qué haga Reagan como política es cosa suya y de quienes lo eligieron sabiendo bien a quién y qué

elegían. Pero si tan inclinado se siente a la argumentación teológica y a la justificación religiosa, no estaría mal que releyese la Biblia sobre la cual juró al asumir su cargo. La elección de Israel no es ninguna justificación para lo que hacen sus dirigentes. Lo justo es justo y lo injusto, injusto; lo haga quien lo haga, el faraón de Egipto o los reyes de Israel. Sólo que en este último caso, la injusticia además es hipocresía. La palabra de Dios es muy dura contra los hipócritas: "mientras mascan con sus dientes gritan, ¡paz!, mas a quien no pone nada en su boca le declaran la guerra santa" (Mi. 3,5).

Generalmente las causas de la justicia no siempre triunfan, al menos, a veces es difícil hacer pasar por justas las que están llenas de maldad e injusticia, como la propuesta de Reagan para Nicaragua. Todo este incidente es una lección para Centroamérica. A Reagan no le interesa ni el bien de Centroamérica ni el avance de la democracia, sino la consolidación de su poder y de los intereses escudados tras ese poder. Ese poder, sin embargo, puede ser derrotado si la causa es justa y si la justicia de la causa se defiende de modo adecuado. Dios no es Dios de ningún imperio y su voluntad no es el someter a pueblo alguno, sino ayudar a la justicia, a la vida y a la paz.

M. L. V.

